

DIANA
GABALDON

VIENTO Y CENIZA



Traducción del inglés de
Eduardo Hojman y Elisabete Fernández

Título original: *A Breath of Snow and Ashes*

Ilustración de la cubierta: Steve Stenson / Arcangel Images

Copyright © Diana Gabaldon, 2005

Publicado por acuerdo con la autora c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U.S.A.

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-740-7

Depósito legal: B-12.811-2016

1ª edición, julio de 2016

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d' Hortons

*Este libro está dedicado a Charles Dickens,
Robert Louis Stevenson, Dorothy L. Sayers,
John D. MacDonald y P. G. Wodehouse*

Índice

Prólogo.....	13
PRIMERA PARTE	
<i>Rumores de guerra</i>	15
1. <i>Una conversación interrumpida</i>	17
2. <i>La cabaña holandesa</i>	20
3. <i>Mantén cerca a tus amigos</i>	31
4. <i>La serpiente en el edén</i>	38
5. <i>Las sombras que proyecta el fuego</i>	45
6. <i>Emboscada</i>	57
7. <i>James Fraser, agente indio</i>	90
SEGUNDA PARTE	
<i>Sombras crecientes</i>	101
8. <i>Víctima de una masacre</i>	103
9. <i>El umbral de la guerra</i>	106
10. <i>El deber llama</i>	129
11. <i>Cuestiones de sangre</i>	132
12. <i>Otros misterios de la ciencia</i>	135
13. <i>Manos seguras</i>	141
14. <i>El pueblo de Pájaro de Nieve</i>	144
15. <i>Stakit to droon</i>	153
TERCERA PARTE	
<i>Hay un momento para todo</i>	167
16. <i>Le mot juste</i>	169
17. <i>Los límites del poder</i>	174
18. <i>¡Brium!</i>	178
19. <i>Segar la mies</i>	182
20. <i>Regalos peligrosos</i>	196
21. <i>¡Ignición!</i>	218
22. <i>Encantamiento</i>	236
23. <i>Anestesia</i>	240
24. <i>Sin tocar</i>	257
25. <i>Cenizas en el aire</i>	270

CUARTA PARTE

<i>Secuestro</i>	285
26. <i>Con un ojo en el futuro</i>	287
27. <i>El cobertizo de malteado</i>	295
28. <i>Maldiciones</i>	322
29. <i>Perfectamente</i>	360
30. <i>El cautivo</i>	391
31. <i>A la cama</i>	412
32. <i>Ahorcarlo sería demasiado bueno para él</i>	422
33. <i>Intervención de la señora Bug</i>	424
34. <i>Las pruebas del caso</i>	445

QUINTA PARTE

<i>Grandes desesperanzas</i>	451
35. <i>Laminaria</i>	453
36. <i>Lobos de invierno</i>	474
37. <i>Le maître des champignons</i>	487
38. <i>Un demonio en la leche</i>	492
39. <i>Yo soy la resurrección</i>	504

SEXTA PARTE

<i>En la montaña</i>	531
40. <i>Primavera de aves</i>	533
41. <i>El armero</i>	543
42. <i>Ensayo con vestuario</i>	552
43. <i>Personas desplazadas</i>	562
44. <i>Scotch</i>	570
45. <i>Una mancha en la sangre</i>	582
46. <i>Donde las cosas se tuercen</i>	593
47. <i>Abejas y varas</i>	604
48. <i>Orejas de Judas</i>	616
49. <i>El veneno del viento del norte</i>	623
50. <i>Bordes afilados</i>	638
51. <i>La vocación</i>	653
52. <i>El pastor de la comunidad</i>	659

SÉPTIMA PARTE

<i>Rodar cuesta abajo</i>	665
53. <i>Principios</i>	667
54. <i>La barbacoa de Flora MacDonald</i>	673
55. <i>Wendigo</i>	709
56. <i>Brea y plumas</i>	728
57. <i>El regreso del ministro</i>	763

OCTAVA PARTE

<i>La vocación</i>	771
58. <i>Amaos los unos a los otros</i>	773
59. <i>Bobby va de cortejo</i>	787
60. <i>El jinete pálido cabalga</i>	803
61. <i>Una fétida pestilencia</i>	811
62. <i>Ameba</i>	817
63. <i>El momento de la decisión</i>	823
64. <i>Yo soy la resurrección. Segunda parte</i>	826
65. <i>Momento de declaración</i>	845
66. <i>La oscuridad se cierne</i>	851
67. <i>El que ríe último</i>	862

NOVENA PARTE

<i>Los huesos del tiempo</i>	867
68. <i>Salvajes</i>	869
69. <i>Una estampida de castores</i>	879
70. <i>Emily</i>	900
71. <i>Morcilla</i>	927
72. <i>Traiciones</i>	941
73. <i>Jugar a dos bandas</i>	959
74. <i>Tan romántico</i>	980
75. <i>Piojos</i>	991

DÉCIMA PARTE

<i>¿Dónde está Perry Mason cuando se lo necesita?</i>	1001
76. <i>Correspondencia peligrosa</i>	1003
77. <i>El 18 de abril</i>	1009
78. <i>La hermandad universal de los hombres</i>	1022
79. <i>Alarmas</i>	1026
80. <i>El mundo al revés</i>	1030
81. <i>El beneficio de la duda</i>	1051
82. <i>No es el fin del mundo</i>	1061
83. <i>Declaraciones</i>	1067
84. <i>Entre las lechugas</i>	1075
85. <i>La novia robada</i>	1078
86. <i>Prioridades</i>	1085
87. <i>«La justicia es mía», dijo el Señor</i>	1089
88. <i>Tras el escándalo</i>	1108
89. <i>Huida a la luz de la luna</i>	1116
90. <i>Cuarenta y seis habichuelas a mi favor</i>	1122
91. <i>Un plan razonablemente ingenioso</i>	1138
92. <i>Amanuense</i>	1143
93. <i>Me hago pasar por una dama</i>	1159
94. <i>Fuga</i>	1166

95. <i>El Cruizer</i>	1173
96. <i>Pólvora, traición y complot</i>	1188
97. <i>Por alguien que sí que es digno</i>	1196

DECIMOPRIMERA PARTE

<i>El día de la venganza</i>	1205
98. <i>Mantener un espíritu a raya</i>	1207
99. <i>El antiguo amo</i>	1216
100. <i>Un viaje a la costa</i>	1226
101. <i>Guardia nocturna</i>	1227
102. <i>Anemone</i>	1233
103. <i>Formular la pregunta</i>	1246
104. <i>Durmiendo con un tiburón</i>	1253
105. <i>El hijo pródigo</i>	1255
106. <i>Cita</i>	1263
107. <i>La luna nueva</i>	1271
108. <i>Muy alta</i>	1292
109. <i>Todas las noticias que merecen ser publicadas</i>	1306
110. <i>El olor de la luz</i>	1307
111. <i>Veintiuno de enero</i>	1318
112. <i>El violador de juramentos</i>	1330
113. <i>Los fantasmas de Culloden</i>	1339

DECIMOSEGUNDA PARTE

<i>El tiempo no será nuestro para siempre</i>	1345
114. <i>Amanda</i>	1347
115. <i>Hurgándose la nariz</i>	1355
116. <i>El noveno conde de Ellesmere</i>	1362
117. <i>Seguramente me acompañarán la justicia y la misericordia</i>	1379
118. <i>Arrepentimiento</i>	1384
119. <i>Resistirse a partir</i>	1387
120. <i>Aunque sólo sea por mí</i>	1395
121. <i>Al otro lado del abismo</i>	1397
122. <i>El guardián</i>	1399
123. <i>El regreso del nativo</i>	1404
124. <i>Propiedad del rey</i>	1419

Epílogo I

<i>Lallybroch</i>	1427
-------------------------	------

Epílogo II

<i>El diablo está en los detalles</i>	1433
---	------

<i>Agradecimientos</i>	1435
------------------------------	------

<i>Sobre la autora</i>	1439
------------------------------	------

Prólogo

El tiempo es una de las muchas cosas que la gente atribuye a Dios. Siempre está ahí, preexistente, y no tiene final. Existe la noción de que es todopoderoso, puesto que nada puede oponerse a él, ¿no es cierto? Ni montañas, ni ejércitos.

Y el tiempo, desde luego, lo cura todo. Con tiempo suficiente, todo se resuelve: todos los dolores se engloban, todas las adversidades desaparecen, todas las pérdidas se clasifican.

Cenizas a las cenizas, polvo al polvo. Recuérdalo: polvo eres y en polvo te convertirás.

Y si el tiempo se parece en algo a Dios, supongo que la memoria debe de ser el diablo.

PRIMERA PARTE

Rumores de guerra

1

Una conversación interrumpida

El perro fue el primero en percatarse de su presencia. A pesar de la oscuridad, Ian Murray sintió, más que vio, que la cabeza de *Rollo* se alzaba de repente cerca de su muslo, con las orejas erizadas. Puso una mano sobre el cuello del perro y sintió que los pelos de esa zona se erizaban en una señal de advertencia.

Había tanta sintonía entre ambos que Ian ni siquiera pensó conscientemente «Hombres», sino que llevó la otra mano al cuello y permaneció inmóvil, respirando. Escuchando.

El bosque estaba en silencio. Aún faltaban varias horas para el amanecer y el ambiente era tan solemne como el de una iglesia; una bruma densa similar a la del incienso se elevaba poco a poco del suelo. Ian se había tumbado para descansar en el tronco caído de un gigantesco tulípero, puesto que prefería las cosquillas de las cochinillas a que la humedad se filtrara entre sus ropas. Su mano seguía sobre el cuello del perro, esperando.

Rollo gruñía con un ronquido grave y constante que Ian apenas podía oír, pero que percibía con facilidad, como una vibración que ascendía por su brazo y despertaba cada nervio de su cuerpo. No se había quedado dormido —ya casi nunca dormía por la noche—, sino que había permanecido inmóvil, mirando la bóveda celeste, absorto en su habitual discusión con Dios. La quietud había desaparecido con el movimiento de *Rollo*. Se sentó lentamente, con las piernas colgando a un lado del tronco semipodrido, con el corazón latándole cada vez más deprisa.

La inquietud de *Rollo* no se había disipado, pero su cabeza giró, siguiendo algo invisible. Era una noche sin luna; Ian alcanzaba a ver las débiles siluetas de los árboles y las sombras inquietas de la noche, pero nada más.

Entonces los oyó. Eran sonidos de pasos. Estaban aún a bastante distancia, pero se acercaban cada vez más. Se puso en pie

y entró poco a poco en un charco oscuro debajo de un abeto balsámico. Chasqueó la lengua; *Rollo* dejó de gruñir y lo siguió, silencioso como el lobo que había sido su padre.

El lugar de reposo de Ian daba a un sendero de venados. Los hombres que iban tres él no estaban cazando.

Hombres blancos. Eso sí que era extraño, incluso más que extraño. No podía verlos, pero no era necesario; el ruido que hacían era inconfundible. Los indios, cuando se desplazaban, no eran silenciosos, y muchos de los escoceses de las Highlands con los que vivía podían moverse como fantasmas en el bosque. Pero Ian no tenía ninguna duda: se trataba de metal. Oía el tintineo de arreos, el choque de botones y hebillas, y cañones de escopetas.

Muchos. Tan cerca que ya empezaba a olerlos. Se inclinó un poco hacia delante, con los ojos cerrados, para olfatear lo mejor que pudiera y obtener pistas.

Llevaban pieles; le llegó el olor a pelo frío y sangre seca que probablemente había despertado a *Rollo*, pero casi con seguridad no eran tramperos. Eran demasiados. Los tramperos viajaban solos o, como mucho, de dos en dos.

Hombres pobres y sucios. No eran tramperos y tampoco cazadores. Era fácil conseguir presas en esa época del año, pero ellos olían a hambre. Y al sudor de la mala bebida.

Ya estaban cerca, tal vez a unos tres metros del lugar en el que él se encontraba. *Rollo* soltó un leve bufido y, una vez más, Ian le cerró el hocico con la mano, pero los hombres hacían demasiado ruido como para oírlo. Contó las pisadas, el ruido de las cantimploras y las cajas de balas, los gemidos causados por los pies heridos y los suspiros de fatiga.

Veintitrés hombres, calculó, y había una mula con ellos... no, dos; oyó el crujido de alforjas cargadas y una respiración pesada y afligida, como la de las mulas.

Los hombres jamás habrían advertido su presencia, pero algún movimiento del aire llevó el olor de *Rollo* hasta las mulas. Un rebuzno ensordecedor rasgó la oscuridad y el bosque a su alrededor estalló con el ruido de golpes y gritos de alarma. Ian ya estaba corriendo cuando oyó disparos detrás de él.

—*A Dhia!* —Algo lo golpeó en la cabeza y cayó hacia delante. ¿Lo habían matado?

No. *Rollo*, alterado, le introducía el hocico húmedo en la oreja. La cabeza le zumbaba como una colmena y veía brillantes relámpagos de luz delante de los ojos.

—¡Corre! *Ruith!* —jadeó, empujando al perro—. ¡Huye! ¡Vete!

El animal vaciló, gimiendo desde lo más profundo de su garganta. Ian no podía ver, pero sintió que el gran cuerpo lo embesía, giraba y volvía a girar, indeciso.

—*Ruith!* —Se apoyó sobre las manos y las rodillas, urgiéndolo a que se marchara, y *Rollo*, por fin, obedeció y corrió como lo habían entrenado.

No tenía tiempo de correr él también, incluso aunque hubiera podido incorporarse. Cayó boca abajo, hundió las manos y los pies en el mantillo y se agitó como un poseso, enterrándose cada vez más.

Un pie se clavó entre sus omóplatos, pero el jadeo que le provocó quedó amortiguado por las hojas mojadas. No importaba; hacían demasiado ruido. Fuera quien fuese el que le había pisado, no se había dado cuenta. Lo había golpeado de refilón al pasar sobre él presa del pánico, sin duda pensando que se trataba de un tronco podrido.

Los disparos cesaron. Los gritos no, pero Ian no podía entenderlos. Sabía que estaba tumbado boca abajo, con las mejillas frías por la humedad y el hedor de hojas muertas en la nariz, pero se sentía como si estuviera muy borracho, con el mundo girando poco a poco a su alrededor. La cabeza no le dolía demasiado, más allá del primer estallido que había sentido, pero parecía que no podía levantarla.

Se le ocurrió la idea de que, si moría allí, nadie se enteraría. Su madre se preocuparía, pensó, al no saber qué había sido de él.

Los ruidos se hicieron más débiles, más ordenados. Alguien seguía gritando; parecía que daba órdenes. Se marchaban. Entonces se le ocurrió vagamente que podría llamar su atención. Si sabían que era blanco, tal vez lo ayudarían. O tal vez no.

Permaneció inmóvil. O se estaba muriendo, o no. Si iba a morir, no podrían ayudarlo. Si no, su ayuda no sería necesaria.

«Bueno, es justo lo que he pedido, ¿no? —pensó, reanudando su conversación con Dios, tranquilo como si aún siguiera tumbado sobre el tronco del tulípero, con la mirada fija en las profundidades del cielo que se cernía sobre él—. Una señal, he dicho. Pero no esperaba que respondieras tan pronto.»

• • •

La cabaña holandesa

Marzo de 1773

Nadie sabía que había una cabaña allí, hasta que Kenny Lindsay, cuando ascendía por el barranco, vio las llamas.

—No la habría visto —dijo, tal vez por sexta vez— si no hubiera sido porque estaba oscureciendo. Si hubiera sido de día, nunca me habría dado cuenta de que estaba allí, nunca. —Se pasó una mano temblorosa por la cara, incapaz de apartar la vista de la hilera de cadáveres que yacían al borde del bosque—. ¿Fueron los salvajes, Mac Dubh? No les han arrancado la cabellera, pero es posible que...

—No. —Jamie volvió a colocar con delicadeza el pañuelo manchado de hollín sobre la cara azulada y de ojos abiertos de una niña pequeña—. Ninguno de ellos está herido. Seguramente te diste cuenta de ello cuando los sacaste de allí, ¿verdad?

Lindsay sacudió la cabeza con los ojos cerrados, y se estremeció con violencia. Eran las últimas horas de la tarde de un día fresco de primavera, pero todos los hombres estaban sudando.

—No miré —dijo simplemente.

Mis propias manos estaban como el hielo, entumecidas e insensibles igual que la piel gomosa de la mujer sin vida que estaba examinando. Llevaban muertos más de un día; el *rigor mortis* ya había pasado, dejándolos flácidos y helados, pero el tiempo frío de la primavera en la montaña los había protegido, por el momento, de las humillaciones más brutales de la putrefacción.

Traté de que mi respiración no fuera muy profunda; el aire traía el olor amargo de algo quemado. Cada cierto tiempo se elevaban volutas de humo de las ruinas calcinadas de la diminuta cabaña. De reojo vi que Roger pateaba un tronco cercano, luego se agachaba y cogía algo del suelo.

Kenny había llamado a nuestra puerta bastante antes del amanecer y nos había sacado de nuestras tibias camas. Habíamos acudido a toda prisa, incluso sabiendo que ya era demasiado tarde para prestarles ayuda. También habían venido algunos de los arrendatarios de las granjas del Cerro de Fraser. Evan, el hermano de Kenny, estaba junto a Fergus y Ronnie Sinclair en un pequeño grupo bajo los árboles, hablando en gaélico y en voz baja.

—¿Sabes qué les ha ocurrido, Sassenach? —Jamie, con gesto de preocupación, se agachó a mi lado—. Me refiero a los que están debajo de los árboles. —Hizo un gesto hacia el cadáver frente a mí—. Ya me he dado cuenta de qué fue lo que mató a esa pobre mujer.

El viento agitó las largas faldas de la mujer y las levantó, dejando al descubierto unos pies largos y delgados, calzados con zuecos de cuero. A los lados yacían un par de manos también largas e inmóviles. Había sido alta, aunque no tanto como Brianna, pensé, y busqué de manera automática el cabello brillante de mi hija, que se balanceaba entre las ramas al otro extremo del claro.

Yo había levantado el delantal de la mujer para cubrirle la cabeza y la parte superior del cuerpo. Tenía las manos rojas, con los nudillos endurecidos por el trabajo y callos en las palmas, pero por la firmeza de los muslos y la delgadez de su cuerpo, deduje que no tendría más de treinta años, tal vez muchos menos. Era difícil saber si había sido bonita.

Negué con la cabeza a modo de respuesta.

—No creo que muriera a causa del fuego —intervine—. Mira, las piernas y los pies están intactos. Debió de caer sobre la chimenea. Su pelo ardió y el fuego prendió los hombros de su vestido. Quizá estaba lo bastante cerca de la pared o la campana de la chimenea como para que las llamas la alcanzaran. Prendió y luego las llamas se extendieron por toda la casa.

Jamie asintió con tranquilidad, con la mirada fija sobre el cuerpo de la mujer.

—Sí, tiene sentido. Pero ¿qué fue lo que los mató, Sassenach? Los otros están algo chamuscados, aunque ninguno tan quemado como ella. Debieron de morir antes de que la cabaña se incendiara, puesto que ninguno intentó escapar. ¿Alguna enfermedad mortal, tal vez?

—No lo creo. Déjame volver a examinar a los demás.

Caminé poco a poco hacia la hilera de cuerpos inmóviles cuyos rostros estaban cubiertos por una tela, y me agaché sobre cada uno de ellos para volver a mirar debajo de sus improvisadas mortajas. En esa época había bastantes enfermedades que podían matar rápidamente; sin antibióticos y sin ninguna forma de administrar los líquidos, salvo por la boca o el recto, una simple diarrea podía matar en un intervalo de veinticuatro horas.

Veía casos así con suficiente frecuencia como para reconocerlos con facilidad; a todos los médicos les sucede, y yo llevaba más de veinte años en esa profesión. En ese siglo, de vez en cuando,

encontraba casos a los que jamás había tenido que enfrentarme en el mío, como enfermedades parasitarias bastante horribles, transmitidas desde los trópicos a través del comercio de esclavos. Pero estaba segura de que no era ningún parásito lo que había acabado con la vida de aquellas pobres almas, y tampoco ninguna patología que yo conociera dejaba aquellas señales en sus víctimas.

Todos los cuerpos —la mujer quemada, otra mujer mucho mayor y tres niños— habían sido hallados en el interior de la casa en llamas. Kenny los había sacado, justo antes de que el tejado se hundiera, y luego había cabalgado en busca de ayuda. Al parecer, todos estaban muertos antes de que el fuego empezara; todos muertos casi al mismo tiempo. Entonces, seguramente, el fuego se habría iniciado poco después de que la mujer cayera muerta sobre la chimenea.

Las víctimas estaban ubicadas con cuidado bajo las ramas de una gigantesca picea roja, mientras los hombres comenzaban a cavar una tumba cerca de allí. Brianna permanecía de pie junto a la niña más pequeña, con la cabeza inclinada. Me acerqué a arrodillarme al lado del cuerpecillo, y ella se arrodilló conmigo, al otro lado del cadáver.

—¿Qué ha sido? —preguntó en voz baja—. ¿Veneno?

Levanté la vista y la miré sorprendida.

—Creo que sí. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

Ella señaló con un gesto el rostro teñido de azul. Había tratado de cerrarle los ojos, pero abultaban demasiado debajo de los párpados, lo que confería a la pequeña una mirada de horror y alarma. Los rasgos diminutos, aún no formados, estaban retorcidos en un rictus de agonía, y había restos de vómito en las comisuras de los labios.

—El manual de las *girl scouts* —respondió Brianna. Miró de reojo a los hombres, pero no había nadie lo bastante cerca como para escucharla. Hizo una mueca y apartó la vista del cuerpo, extendiendo una mano abierta—. «Nunca comas una seta que no conozcas» —citó—. «Hay muchas clases que son venenosas, pero sólo los expertos pueden distinguirlas.» Roger encontró éstas, que crecían en forma de anillo junto a aquel tronco.

Sombreros húmedos y carnosos, de color beige con manchas blancas como verrugas, laminillas abiertas y tallos finos tan claros que parecían casi fosforescentes a la sombra del abeto. Tenían un aspecto agradable y terroso que ocultaba sus mortíferos efectos.

—Setas pantera —anuncié como para mí misma, y cogí una de su palma con cuidado—. *Agaricus pantherinus*... O así es

como se las llamará en el futuro, una vez que alguien se disponga a bautizarlas correctamente. *Pantherinus*, porque matan con mucha rapidez, como el ataque de un felino.

Vi que la piel del antebrazo de Brianna se erizaba, levantando su vello suave y dorado. Inclino la cabeza y dejó caer al suelo el resto de aquellas setas mortales.

—¿Quién en su sano juicio comería setas venenosas? —preguntó, limpiándose la mano en la falda con un repentino estremecimiento.

—Personas que no sabían que lo eran. Personas que es posible que tuvieran hambre —respondí en voz baja.

Cogí la mano de la niña muerta y seguí con los dedos los delicados huesos de su antebrazo. El pequeño vientre mostraba señales de hinchazón, aunque no podía decir si se debía a la desnutrición o se habían producido *post mortem*, pero la clavícula era afilada como la hoja de una hoz. Todos los cuerpos eran delgados, aunque no llegaban a ser escuálidos.

Levanté la mirada hacia la sombra azulada y oscura de la ladera que se encontraba sobre la cabaña. Todavía no había llegado la temporada de recolección, pero había comida en abundancia en el bosque para aquellos que podían reconocerla.

Jamie se acercó y se arrodilló a mi lado, posando con suavidad una mano grande en mi espalda. A pesar del frío que hacía, un chorro de sudor le corría por el cuello, y su tupido pelo cobrizo se había oscurecido a la altura de las sienes.

—La tumba está lista —dijo en voz baja, como si temiera asustar a la niña—. ¿Eso fue lo que mató a la chiquilla? —Señaló los hongos esparcidos.

—Creo que sí... y también a todos los demás. ¿Has echado un vistazo por los alrededores? ¿Alguien sabe quiénes son?

Jamie sacudió la cabeza.

—No son ingleses, la vestimenta no concuerda. Si fueran alemanes, seguramente se habrían dirigido a Salem, porque esas personas suelen moverse en clanes y no suelen establecerse de manera aislada. Es posible que éstos fueran holandeses. —Señaló con un gesto los zuecos de madera tallada de los pies de la anciana, agrietados y manchados por el uso—. No queda ningún libro ni otros papeles, si es que los hubo alguna vez. Nada que pueda indicarnos sus nombres. Pero...

—No llevaban mucho tiempo aquí. —Una voz grave y quebrada hizo que levantara la mirada. Había llegado Roger, que se acuclilló junto a Brianna, señalando con la cabeza los restos hu-

meantes de la cabaña. Habían trazado una pequeña huerta en la tierra, pero las pocas plantas que asomaban no eran más que brotes, hojas tiernas y endebles, ennegrecidas por las últimas heladas. No había cobertizos, ninguna señal de ganado, mulas o cerdos.

—Nuevos emigrantes —comentó Roger en voz baja—. Ningún sirviente. Esta familia no estaba acostumbrada a trabajar al aire libre; en las manos de la mujer hay ampollas y cicatrices recientes. —Inconscientemente, se frotó la rodilla, cubierta por un pantalón de confección casera. Sus palmas ya tenían tantos callos como las de Jamie, aunque en otra época había sido un académico de piel suave, y recordaba el dolor que le había causado su propia adaptación.

—Me pregunto si habrán dejado familiares... en Europa —murmuró Brianna. Apartó el pelo rubio de la frente de la niña y volvió a cubrirle la cara con el pañuelo. Vi que su garganta se movía cuando tragaba saliva—. Jamás sabrán qué les ocurrió.

—No. —Jamie se incorporó de forma abrupta—. Dicen que Dios protege a los necios, pero creo que hasta el Todopoderoso pierde la paciencia de vez en cuando. —Se apartó, haciendo gestos en dirección a Lindsay y a Sinclair.

—Buscad al hombre —le dijo a Lindsay. Todas las cabezas se alzaron para mirarlo.

—¿El hombre? —preguntó Roger, y volvió con brusquedad la mirada hacia los restos chamuscados de la cabaña. Entonces se dio cuenta—. Claro... ¿Quién les construyó esa casa?

—Podrían haberlo hecho las mujeres —señaló Bree, alzando la barbilla.

—Tú, sí —respondió él, torciendo un poco la boca mientras miraba de soslayo a su esposa. Brianna se parecía a Jamie en algo más que en el color de la piel; medía más de un metro ochenta sin zapatos y tenía la fuerza de su padre en los brazos y las piernas.

—Es posible, pero no lo hicieron ellas —interrumpió Jamie. Señaló con un gesto la estructura de la cabaña, donde unos escasos muebles todavía conservaban sus frágiles formas.

Mientras yo miraba lo que él había indicado, el viento del anochecer comenzó a soplar, azotando las ruinas, y la sombra de un banco se desmoronó sin hacer ruido, convirtiéndose en ceniza, generando ráfagas de hollín y partículas carbonizadas que flotaban sobre el suelo como fantasmas.

—¿A qué te refieres? —Me puse en pie y me acerqué a él, mientras miraba la casa. No quedaba prácticamente nada en el interior, aunque el tiro de la chimenea seguía en pie y quedaban

algunos pedazos serrados de pared, con los troncos caídos como palillos chinos.

—No hay nada de metal en la casa —dijo, señalando la chimenea ennegrecida, donde había los restos de un caldero roto a causa del calor y cuyo contenido se había evaporado—. Ninguna olla, salvo aquélla, que es demasiado pesada para que se la llevaran. Ninguna herramienta. Ni siquiera un cuchillo, ni una hacha... Y tú misma puedes ver que quienquiera que construyera esta cabaña debió de utilizar alguna herramienta.

Era cierto; los troncos no estaban descortezados, pero en las muescas y los extremos había claras marcas de que habían sido cortados con un hacha.

Roger frunció el ceño, levantó una larga rama de un pino y comenzó a hurgar entre las pilas de ceniza y escombros, tratando de asegurarse.

Kenny Lindsay y Sinclair no se molestaron; Jamie les había dicho que buscaran a un hombre, y de inmediato desaparecieron en el bosque, dispuestos a hacerlo. Fergus los acompañó; Evan Lindsay, su hermano Murdo y los McGillivray empezaron a reunir piedras para cubrir la tumba.

—Si había un hombre, ¿por qué las abandonó? —murmuró Brianna, apartando la mirada de su padre para dirigirla hacia la hilera de cuerpos—. ¿Es posible que esa mujer creyera que no sobrevivirían solas?

¿Y, por tanto, decidió quitarse su propia vida y la de sus hijas para evitar una larga agonía a causa del frío y el hambre?

—¿Las abandonó y se llevó todas sus herramientas? Por Dios, espero que no. —Me santigué al pensar en ello, a pesar de que, al mismo tiempo que lo hacía, dudaba que fuera verdad—. ¿No se habrían marchado en busca de ayuda? Incluso con las niñas... Ya casi no hay nieve.

Sólo los desfiladeros más altos seguían cubiertos de nieve, y si bien los senderos y las pendientes de la montaña estaban húmedos y llenos de barro, hacía por lo menos un mes que eran transitables.

—He encontrado al hombre —anunció Roger, interrumpiendo mis pensamientos. Hablaba con una voz calmada, pero hizo una pausa para aclararse la garganta—. Justo... justo allí.

La luz comenzaba a disminuir, pero de todas formas me di cuenta de que estaba pálido. Y con razón; la silueta retorcida que había descubierto debajo de las maderas de una pared derrumbada era lo bastante aterradora como para que cualquiera sintie-

ra la necesidad de hacer una pausa. Carbonizado hasta la negrura, con las manos levantadas en la postura de boxeador tan habitual en aquellos que fallecen quemados, era incluso difícil estar seguro de que se tratara de un hombre, aunque a mí, por lo que podía ver, me parecía que sí lo era.

Las especulaciones sobre el hallazgo de ese nuevo cuerpo se interrumpieron cuando se oyó un grito desde el borde del bosque.

—¡Los hemos encontrado, milord!

Todos dejamos de contemplar el nuevo cadáver para mirar a Fergus, que gesticulaba junto a los árboles.

«Los», claro que sí. Esta vez dos hombres. Despatarrados en el suelo a la sombra de los árboles, no juntos, pero tampoco muy separados, a escasa distancia de la casa. Y ambos, por lo que podía ver, probablemente muertos de intoxicación por las setas.

—Aquél no es holandés —dijo Sinclair, tal vez por cuarta vez, sacudiendo la cabeza cerca de un cuerpo.

—Podría serlo —señaló Fergus dubitativo. Se rascó la nariz con la punta del garfio que llevaba donde debería haber estado la mano izquierda—. De las Indias Orientales, *non*?

Uno de los cuerpos era el de un hombre negro. El otro era blanco, y ambos llevaban ropas indefinidas de confección casera: camisas y pantalones, pero sin abrigos, a pesar del frío. Estaban descalzos.

—No. —intervino Jamie, sacudiendo la cabeza y frotándose la mano contra sus propios pantalones de manera inconsciente, como si quisiera librarse del contacto con los muertos—. Los holandeses tienen esclavos en Barbuda, es cierto, pero éstos están mejor alimentados que la gente de la cabaña. —Levantó la barbilla hacia la hilera muda de mujeres y niños—. No vivían aquí. Además...

Vi que sus ojos se clavaban en los pies de los muertos, que estaban mugrientos a la altura de los tobillos, y muy encallecidos, pero en general estaban limpios. Las plantas de los pies del negro tenían un color rosado amarillento, sin manchas de barro ni hojas sueltas entre los dedos. Aquellos hombres no habían caminado descalzos por el bosque, eso era evidente.

—De modo que tal vez había más hombres... Cuando éstos murieron, sus compañeros les quitaron los zapatos y cualquier otra cosa de valor —añadió Fergus en un tono práctico, haciendo un gesto que iba de la cabaña chamuscada a los cuerpos—, y huyeron.